

po de Conturbel Brithvaldo con otros prelados, le suplicaron que concurriese á aquel sínodo. Como el santo obispo deseaba tanto la paz, y de nadie desconfiaba, partió inmediatamente á él; pero quedó estrañamente sorprendido cuando se halló con que le querian precisar á que hiciese dimision de su obispado en virtud de unos delitos á cual mas supuestos y mas imaginarios. Erale muy fácil justificarse; pero ni lo quiso hacer, ni consintió en la renuncia que le proponian: por lo que fué desterrado á su monasterio de Ripon, que se le dió por cárcel, mientras el sínodo le sustanciaba la causa para degradarle. No tuvo otro arbitrio para suspender el curso de un juicio tan estraño como precipitado que apelar al papa, y á pesar de su avanzada edad emprendió el viaje á Roma. Examinóse su causa á presencia del pontífice Juan VI en un sínodo que se convocó á este efecto el año de 704, y habiéndole declarado inocente en todos los capítulos que le hacian, fué enviado absuelto á su iglesia. Al llegar á Meaux cayó en una peligrosa enfermedad que le puso á las puertas de la muerte; pero se recobró milagrosamente de ella por un insigne favor de la santísima Virgen, en quien despues de Jesucristo tenia colocada toda su confianza. Cuando llegó á Inglaterra, encontró ya á todos los obispos muy desimpresionados de las especies que tenian contra él: solo el rey persistia tercamente en las suyas; pero sobreviniéndole la enfermedad de que murió, se arrepintió de haber perseguido al santo obispo. No fué de esta opinion Edaulfo, usurpador de la corona; y le envió á decir, que si dentro de seis dias no salia de Inglaterra, le haria quitar la vida; pero arrojado del trono el usurpador, y subiendo á él Ofredo, hijo de Alfrido, le volvió á llamar al reino, donde se convocó un sínodo, en que salió plenamente justificado, sujetándose todos á la sentencia del papa, que le declaraba inocente, y mandaba fuese restituido á su silla.

Luego que se vió en ella, se aplicó con su acostumbrado infatigable zelo á la reformation de las costumbres; y á la restauracion de la disciplina. Ni sus tribulaciones ni sus viajes fueron bastantes para que alojase jamás en sus escesivas penitencias: ni consideró pretesto suficiente para moderarlas el de su ancianidad y sus enfermedades. Toda la vida continuó con el mayor teson sus ayunos, sus abstinencias y los rigores con que mortificaba su cuerpo; tanto, que en los dos últimos años que vivió, fué menester que el papa metiese la mano para temprarlos; pero los suplió ventajosamente una dolorosa enfermedad. En fin, el año de 709, á los setenta y seis de su edad y cuarenta y seis de su obispado, murió con la muerte de los santos en el monasterio de

Undadl, manifestando Dios desde luego la santidad de su siervo con multitud de milagros.

**SAN SERAFIN DE MONTE GRANARO, LLAMADO DE ASCOLI, CAPUCHINO.**

**E**L glorioso S. Serafin, llamado vulgarmente de Ascoli, ciudad de la marca de Ancona, por haber vivido, siendo religioso, muchos años en esta ciudad, y por haberla ilustrado con su santa vida y con sus milagros; mientras vivió en el siglo se llamó Felix, y nació en el año 1540 en una aldea del obispado de Fermo, nombrada Monte Granaro. Sus padres fueron pobres y de humilde condicion; mas tenian un rico fondo de virtudes; por lo que á semejanza del santo Tobías criaron á este hijo en el santo temor de Dios, y desde niño le enseñaron á aborrecer el pecado, á amar y servir á Dios, y á vivir segun las máximas de la religion. Luego que tuvo edad para servir, su padre lo puso en casa de un labrador, que le destinó á guardar el ganado. Serafin conservó en la casa de su amo la misma inocencia de costumbres y la misma devocion que habia tenido en la casa de sus padres: cuando se hallaba en el campo guardando el ganado, acostumbraba hacer alguna cruz en algun árbol y delante de ella se postraba y rezaba sus oraciones, y recomendaba con mucho fervor los intereses de su alma á Jesucristo su Salvador, y á la santísima Virgen María, de la cual era devotísimo.

Habiendo muerto su padre, fué Serafin llamado por su hermano mayor, su nombre Silencio, para que le ayudase y sirviese de peon en el oficio de albañil, que ejercitaba á imitacion de su padre. En este oficio tuvo que sufrir estraordinariamente; porque siendo poco apto, su hermano, que era colérico y hasta furioso, no solo le decia mil injurias á cada paso, sino que le apaleaba frecuentemente; y aun en algunas ocasiones trasportado de ira le daba crueles golpes con el martillo: Serafin sufría con admirable paciencia todos estos malos tratos; y aunque su fatigosa ocupacion le dispensaba de la ley del ayuno, ayunaba no obstante tres dias en la semana; y cuando los demás oficiales descansaban de su trabajo, tomando su ordinaria refeccion, Serafin empleaba aquel tiempo en rezar sus devociones. Manifestó Dios con un milagro asombroso cuan grata le era la piedad de Serafin; porque yendo á visitar á la Virgen Santísima en su santa casa de Loreto, llegando al rio Potenza, halló que iba tan crecido, que no podia vadearse; y en efecto, sus compañeros permanecieron en la orilla sin atreverse á entrar en él; pero Se-



rafin lo pasó dos veces á vista de todos á pié enjuto, causando en los espectadores aquel asombro que se deja discurrir.

Entre tanto Silencio pasó á Loro, aldea poco distante de Monte Granaro, para construir allí cierto edificio, y llevóse consigo á su hermano Serafin. En la casa que hospedaron ambos hermanos, habia una virtuosa jóven, muy devota, que solia leer en voz alta libros espirituales, especialmente uno que trataba de los Novísimos. Serafin que tenia mucha sed de la palabra de Dios, escuchaba cuidadosamente aquella santa lectura; y oyendo un dia la severidad del juicio con que Dios juzgará á todos los hombres, y las penas eternas é incomprensibles de las llamas infernales á que condenará á todos los pecadores, quedó de tal modo atónito y atemorizado, que dijo á aquella jóven: «Si las cosas van así, seria mucho mejor retirarse á un bosque para hacer vida eremítica á fin de no esponer á tan gran peligro la propia alma.—No es esto necesario, le respondió la jóven virtuosa, porque si tú deseas asegurar tu salvacion, basta que entres en la religion de los PP. Capuchinos, donde se profesa una vida santa y penitente.» Serafin, que hasta entonces no habia tenido ninguna noticia de esta religion, se informó de la misma jóven del modo de vivir de sus religiosos, la cual se hallaba plenamente informada con ocasion de hospedarse en aquella misma casa los capuchinos que pasaban por la aldea de Loro; y habiendo entendido que tenian un convento en Tolentino, luego que pudo pasó allí, é hizo vivas y humildes instancias á aquellos PP. Capuchinos, para que le admitiesen por fraile lego en su religion; y aunque entonces no fueron atendidas sus súplicas, todavía repitiéndolas varias veces y siempre con mayor fervor, consiguió por fin la gracia deseada; y en el año 1564, teniendo veinte y cuatro de edad, vistió el hábito de religioso lego en el convento de Jesi, adonde fué destinado para hacer el acostumbrado año del noviciado.

Bien sabida es la aspereza de las humillaciones, mortificaciones y penitencias que los PP. Capuchinos imponen á sus novicios á fin de probarles su vocacion, y de inspirar en su alma el espíritu propio de aquella religion, que de una manera particular está dedicada y consagrada á la vida penitente y mortificada, con tanta edificacion de la santa Iglesia. El bienaventurado Serafin no solo practicó con prontitud y alegría de su alma todo lo que le mandaban sus superiores, sino que á las mortificaciones comunes á todos los novicios, añadía otras muchas particulares; no dormia mas que tres horas; llevaba constantemente un cilicio tejido de asperísimas cerdas que le cubria todo el cuerpo á manera de túnica; y tomaba cada dia una sangrienta disciplina con un azote

armado de puntas de clavos, con el cual hacia tal carniceria en su cuerpo, que quedaba bañado en sangre. Su obediencia no conocia límites, bastando la menor indicacion de los superiores, ó de cualquiera de sus hermanos religiosos, para ejecutar cuanto se exigia de él. Su humildad era profundísima, reputándose el mas mínimo de todos, y que para nada servia ni era útil; á lo cual contribuia en gran manera la cortedad de su talento que le hacia poco apto para las cosas exteriores; por cuyo motivo no solo en el tiempo del noviciado, sino tambien en toda su vida estuvo sujeto á varias reprehensiones y mortificaciones, particularmente de algunos superiores indiscretos, sin que el siervo de Dios jamás se quejase ó escusase, ni manifestase turbacion; antes al contrario de este su involuntario defecto tomaba motivo para humillarse, envilecerse y llamarse el jumento del convento, que comia el pan de balde, y que no merecia sino palos. Desde los primeros dias en que tomó el hábito, se dedicó enteramente al ejercicio de la oracion, en la cual, ó en la iglesia, ó en la celda empleaba todo el tiempo que le sobraba de sus precisas ocupaciones. Tenia siempre fija en su mente la sagrada pasion de Jesucristo; pasaba las noches enteras en la meditacion de sus pasos, y no podia pensar ni hablar de ella sin derramar muchas lágrimas. La oracion, pues, era el dulce pabulo de su alma, de la cual sacaba luz y fuerza para practicar todas las virtudes, habiendo sido en ella favorecido de Dios nuestro Señor con admirables éstasis y raptos, y con una luz sobrenatural tan extraordinaria, que si bien era un hombre idiota que no conocia las letras, tenia no obstante sublimes sentimientos de la grandeza de Dios, y discurría con tal union de espíritu y con tanta propiedad de palabras sobre los misterios de nuestra religion, que causaba admiracion y pasmo á los mismos que eran consumados en el estudio de la sagrada teología. Veneraba con ardentísimo afecto al Santísimo Sacramento, que recibia casi todos los dias con fervor de espíritu. Era tambien muy singular la ternura con que veneraba á la Virgen Santísima, poniendo en ella despues de Dios toda su confianza. En todas sus acciones descubria una santa simplicidad, pero acompañada de la prudencia de la serpiente, segun la espresion del Evangelio; por lo que era amable á todos, fácil en condescender á su voluntad y pronto en cumplir cuanto le encargaban, mientras pudiese ejecutarlo sin perjuicio de su delicada conciencia.

Para prueba de esta verdad, bastará referir lo que le sucedió con una señora de la ciudad de Ascoli. Rogó esta señora al siervo de Dios tratase un cierto negocio que la instaba mucho con un sugeto que le nombró; el siervo de Dios se ofreció pronto á



complacerla; pero añadiendo ella, que cuando hablase con dicha persona, fingiese que trataba el asunto por sí mismo, y no por encargo que se le hubiese hecho, Serafin la dijo: «Señora, ¿juzga V. que un religioso puede fingir? Quien está dedicado al servicio divino como yo, está obligado á proceder clara y sinceramente con todos.» Estas razones no convencieron á la dama, antes prosiguió diciendo, era necesario conducir el negocio de este modo, á fin de que saliese felizmente; y que aun cuando se dijese alguna pequeña mentira, seria esta oficiosa y de poca consideracion: se alteró el buen religioso al oír el nombre de mentira, y santamente indignado, la dijo claramente: «Si así es, yo no soy á propósito para servir á V.» y volviéndola las espaldas se partió de su presencia, dejándola, seria difícil decir si mas confundida, ó mas edificada de la inocente simplicidad y singular pureza de conciencia del hombre de Dios. Esta inocencia y pureza que conservó en toda su vida, sin manchar jamás su alma con culpa alguna grave, se hace mucho mas admirable, si se considera que en los diversos oficios de que fué encargado, ya de portero, ya de limosnero, ya de compañero de los predicadores, que iban á predicar á diversos lugares, tuvo que tratar con toda suerte de personas; y por el gran concepto que todos hacian de su virtud, le encargaban muchas y varias incumbencias, que el Santo admitió obligado de la caridad que tenia para con sus prójimos.

Efecto fué tambien de su ardiente caridad el zelo que tenia de impedir las ofensas de Dios, y quitar á los fieles las ocasiones de pecar. Por mas que fuese un religioso lego, á quien no pertenecia el predicar y el promover de oficio el bien espiritual de sus prójimos, todavía discurriendo por las calles y por las casas, pidiendo limosna como limosnero de su convento, no dejaba de dar saludables documentos; lo cual practicaba con palabras tan cuerdas y graves, que penetraba los corazones de cuantos las escuchaban, produciendo en sus almas maravillosos efectos. Conociendo el Santo que el juego de naipes es un seminario de males, tanto por el tiempo que se desperdicia en él y por el dinero que se pierde en perjuicio de la familia y de los pobres, como por las blasfemias, riñas y fraudes que ordinariamente le acompañan; cuando entraba en alguna casa donde hubiese jugadores, se sentaba junto á ellos, y en viendo oportunidad, les quitaba los naipes de las manos, los rasgaba y hacia de ellos mil pedazos; y con todo eso nadie osaba contradecirle, por el concepto grande que todos hacian de su santidad. Al quitarles los naipes de las manos, solia decirles: «Perdonadme, hermanos, que no

hago injuria á vosotros, sino al demonio que por vuestro medio manejaba estos naipes.» Y era tan sabida esta costumbre suya de quitar á los jugadores los naipes y rasgarlos, que al verle desde lejos, solian decirse recíprocamente: «Acabemos, acabemos, que viene Fr. Serafin;» y dejaban en efecto el juego.

Igual y aun mayor zelo manifestaba el siervo de Dios en quitar de las casas las pinturas inmodestas, que él solia llamar pecados permanentes y escándalos pendientes de la pared con guarniciones de oro. Así que en cualquiera parte en donde le acaeciese ver algunas de estas pinturas, rogaba y conjuraba á los dueños de la casa para que las rasgasen ó quemasen, sin querer admitir la excusa que muchos daban, de que eran pinturas de precio y de excelente pincel. «Razon pues de mas, replicaba el Santo, para destruir semejantes pinturas; porque cuanto mas al vivo y con mayor arte representan la inmodestia y la desnudez de aquellas partes que aun el mismo rubor natural pide que se cubran y escondan, tanto mas peligrosas son y mayor ocasion de pecado.» Del mismo modo era solícito en quitar de manos de las personas los libros de las vanas poesías, los cuales con la dulzura del verso destilan en el corazon de los lectores el veneno de la lujuria. Viendo un dia á una dama que leia el Ariosto, la reprehendió diciendo que de aquella lectura no podia sacar otro fruto que llenar su mente de vanidad y su corazon de profanas indecencias y obscenidades.

El mismo zelo que ardia en el pecho del siervo de Dios, le hacia correr con prontitud á las casas donde sabia que ocurrían disensiones y escándalos. Supo una vez que en una casa de las principales de la ciudad de Ascoli reinaba una fiera discordia entre la suegra y la nuera, de la cual se seguian lamentables consecuencias. Acudió el Santo á apaciguar á aquellas dos señoras; y cuando vió que eran inútiles todas las tentativas de que habia usado, por estar ambas muy obcecadas de la passion, se echó por tierra delante ellas, deshaciéndose en un copiosísimo llanto, y rogándolas encarecidamente reflexionasen, no solo sobre los males espirituales que con su discordia hacian á sus propias almas, sino tambien sobre los males temporales que ocasionaban á toda la familia. Su llanto y humildad ablandaron el corazon de aquellas dos fieras, de tal suerte, que allí mismo en presencia del Santo renunciaron todo rencor, se abrazaron, y con una sincera reconciliacion hicieron revivir en sus almas y en toda la familia la calma deseada. Innumerables fueron los que por medio de sus exhortaciones, animados del espíritu de Dios, se reconocieron de sus defectos, haciendo de ellos una sin-



cera penitencia, abrazando unos el estado religioso, y enervándose otros en la piedad y en la devoción; ¡tanto puede en un hombre, aunque idiota y sin letras, como lo era el Santo, la vida ejemplar y adornada de virtudes heroicas! Acompañaba el Santo este ardiente zelo de la gloria de Dios con una caridad ternísima hacia sus prójimos. Visitaba los presos en las cárceles, los consolaba en su desgracia, los exhortaba á la paciencia, y se empeñaba á su favor con los ministros de la justicia. Asistía á los enfermos, los alentaba con sus dulces palabras, y los servía como el mas diligente y piadoso enfermero en los ministerios mas bajos y fastidiosos, con tanto contento de su alma, que hallaba en esto todas sus delicias. Olvidado de si mismo y de las necesidades de su propio cuerpo, se entristecía y se angustiaba por las necesidades ajenas, y hacia todo lo posible para remediarlas. Contentándose para su comida con medio pan cada dia, la pitanza y casi todo lo demás que le daba la comunidad, lo distribuía entre los pobres, y aun en un año de carestía se privó para los pobres de la mitad del medio pan que reservaba para su sustento. Manifestó Dios con varios milagros que le era muy aceptada esta tierna misericordia que Serafin tenia para los pobres; porque no teniendo alguna vez bastante pan para repartirles, suplía esta falta, dándoles una porcion de verdura que cogía de la huerta del convento; y reprendiéndole esto el guardian, diciendo, que faltaria despues á la comunidad la hortaliza, le respondió Serafin que no dejaria por eso la comunidad de tener con abundancia la verdura que necesitaba; y en efecto, á la mañana del dia siguiente se vieron crecer nuevos retoños en las plantas, de las cuales habia sacado el siervo de Dios la hortaliza que habia dado á los pobres. Entonces el guardian concedió á Serafin un pedacito de la huerta, para que la cultivase á su gusto y diese á los pobres la verdura que de ella se sacase; y era cosa asombrosa, ver que aquel pedacito, cedido al Santo, producía mas hortaliza que toda la huerta restante reservada para la comunidad, aunque mucho mejor cultivada.

Pero la virtud en que mas se distinguió Serafin, fué sin duda la paciencia y la mansedumbre, que suelen ser la prueba menos sospechosa de la sólida piedad. Su vida fué un continuo ejercicio de estas virtudes, habiendo sido innumerables las ocasiones que tuvo de practicarlas, ya con sus guardianes, quienes, ó por indiscrecion ó para mortificarle y tenerle léjos del peligro de desvanecerse, le molestaron de muchas y varias maneras; ya tambien de sus hermanos los religiosos de su mismo convento, de los cuales, permitiéndolo así Dios nuestro Señor, varias veces

fué maltratado; ya por fin de los estraños, en las ocasiones en que haciendo su oficio de limosnero, discurría por la ciudad y por las aldeas y lugares circunvecinos, no faltando jamás malvados que aborrecen la virtud y persiguen á las personas virtuosas. Pero el siervo de Dios siempre estuvo firme y constante, sufriendo todos los males que se le hacian con una paciencia invencible, sin alterarse ni turbarse jamás.

Asimismo fueron sin número los desprecios, apodos y reprensiones, que en varias ocasiones, permitiéndolo Dios para acrisolar su virtud, recibió de los religiosos sus compañeros y de otros muchos, sin observársele jamás el mas mínimo movimiento de ira ó de impaciencia; antes al contrario, correspondia con beneficios á los que le maltrataban é injuriaban. Reprendía un dia el Santo con mucha humildad á un seglar cierto delito que habia cometido; pero éste á la manera de un frenético que se vuelve contra el médico que procura curarle, se volvió contra Serafin lleno de furor, y teniendo en la mano un pedazo de plomo, le dió con él tal horrible golpe en la cabeza, que le habria dejado allí mismo muerto, si Dios milagrosamente no le hubiese conservado la vida; y con todo estuvo tan léjos de mostrar el mas mínimo resentimiento, que antes al contrario, con una cara jovial le puso la mano en las espaldas, y acariciándole le dijo: «¡Cuánto te soy obligado!» La misma respuesta dió á otra persona que poseída de ira, ó del demonio, le dió una terrible bofetada. En una palabra, la mansedumbre y paciencia del siervo de Dios habian llegado á tal grado de perfeccion, que parecia insensible á las injurias y desprecios, aunque de otra parte fuese de natural ardiente y sentido; por lo que tuvo mucho que trabajar para llegar á ser dueño de si mismo y superior á todos los movimientos de ira ó de impaciencia, como él mismo en cierta ocasion lo confesó á una persona su confidente, que le habia preguntado sobre este particular: «Yo he empleado treinta años, le dijo, para vencer este monstruo, y despues de un dilatado ejercicio de padecer, el Señor me ha hecho la gracia de ser insensible como un tronco ó una piedra á todas las afrentas.»

Habia ya cuarenta años que el bienaventurado Serafin servía á Dios en espíritu y verdad en el estado religioso, edificando á todos con sus singulares virtudes, y siendo favorecido de Dios con muchos dones sobrenaturales, que fueron el de profecía, el de conocer los ocultos secretos del corazon, el de obrar cosas prodigiosas, y singularmente el de sanar las enfermedades con solo bendecir los enfermos con un Crucifijo que tenia. Pues fueron tantas las enfermedades que sanó de este modo milagroso, y



tantos los enfermos que aun de partes muy distantes acudian al Santo para que los bendijese, que a veces pasaba en esta ocupacion todo el dia, y el convento se llenaba de tantas gentes que pedian ser bendecidas de Serafin, que el guardian de Monte Granaro para impedir el disturbio de la comunidad, estuvo casi resuelto de mandar al Santo no usase de la gracia de curacion que Dios le habia concedido. Esta gracia de hacer milagros concilio al Santo tanto respeto y veneracion de los ciudadanos de Ascoli, que cuando pasaba por las calles no solo le besaban el hábito, sino que algunos le cortaban pedazos de él para conservarlos por reliquias.

Se acercó por fin el tiempo en que Dios queria cumplir al Santo los deseos que tenia de ser libre de las ataduras del cuerpo para irse al cielo; que eran tan ardientes, que solia decir: «Me es insufrible este destierro, que me tiene lejos de Dios; yo deseo que presto se acabe, para ir á gozarle.» Porque en el mes de octubre del año 1604 fué acometido con mayor fuerza de una enfermedad de pecho que de algun tiempo le molestaba, aunque el Santo no hacia de ella caso, ni hablaba de ella con persona alguna, gustando de padecerla con silencio por amor de Jesucristo crucificado: vino el médico á visitarle, y creyó que el mal era de ningun peligro ni importancia; pero el Santo, que habia tenido una revelacion ó presentimiento de su cercana muerte, pidió con mucha instancia los santos sacramentos, diciendo claramente y sin turbacion, que poco le quedaba de vida. Para condescender pues á sus ardientes deseos y fervorosas súplicas, le fué administrado el santísimo Viático, que recibió con lágrimas de ternísima devocion: despues pidió con mucha ansia la Estremauncion; pero el superior creyendo que no se hallaba en peligro de muerte, como lo aseguraba el médico, rehusó condescender á sus instancias, diciéndole que ya habria tiempo, y que moderase entre tanto aquel sobrado ardor, á que replicó el siervo de Dios con igual aseveracion que humildad: «Tendrán despues pesar de darme este sacramento con demasiada prisa.» En efecto, poco se tardó en saber con cuanta razon el Santo se hubiese apresurado en pedir este sacramento, que es el último confortativo del alma cristiana para pasar á la eternidad; porque mientras se entretenia en devotos y fervorosos coloquios con Dios nuestro Señor, fué sorprendido de un repentino deliquio que le redujo á los últimos extremos, por lo que fué forzoso administrarle el sacramento de la Estremauncion con la prisa posible, segun lo habia predicho; y acabada esta sagrada funcion, acabó él tambien el curso de su vida, y entregó su bien-

aventurada alma en las manos de su Criador, á 12 de octubre del dicho año 1604, y á los sesenta y cuatro años de su edad. Los muchos milagros que Dios ha obrado despues de su muerte por su intercesion, han hecho siempre mas pública y mas auténtica su santidad.

Benedicto XIII le beatificó solemnemente, y Clemente XIII le puso en el catálogo de los Santos.

*La misa es en honor de la virgen Maria, y la oracion la siguiente:*

O Dios y Señor, concédenos, rada siempre virgen Maria sea-  
te rogamos, que nosotros tus mos libres de la tristeza pre-  
siervos nos alegremos con la sente, y lleguemos á gozar de  
perpetua sanidad de cuerpo y las alegrías eternas. Por nues-  
alma, y que por la gloriosa tro Señor, etc.  
intercesion de la bienaventu-

*La Epístola es del cap. 24 del Eclesiástico, y la misma que el dia vii, pág. 152.*

#### REFLEXIONES.

Todas las espresiones que contiene la Epístola de este dia están dichas propiamente de la Sabiduría divina; pero nuestra madre la Iglesia, conociendo el mérito singular de la Reina de los ángeles, y cuanto la convienen las grandezas que en ella se insinuan, se la aplica con bastante frecuencia, y en esto mismo da un motivo de consolacion á todos los cristianos, y muy particular á todos los españoles. De luego á luego da á entender la Iglesia que Maria santísima tiene en su mano todos los tesoros del cielo para dispensarlos á los miserables pecadores. En este sentido pueden entenderse aquellas palabras: *Mi poder y potestad se estiende sobre Jerusalem*: y las siguientes: *Eché raíces en un pueblo lleno de honor*, pueden sin violencia interpretarlas á su favor los españoles; porque habiendo tenido la dicha de que la Madre de Dios se apareciese en carne mortal al apóstol Santiago cuando les predicaba el Evangelio, y de que por sí misma le mandase construir en su honor la primera iglesia que tuvo en el mundo, ¿qué lengua será suficiente para decir la santificacion y gracias que dejaria en aquel lugar dichoso una Reina tan poderosa? Por mucho que se quieran cerrar los ojos, es preciso advertir que el verdadero Dios se constituyó Dios nuestro, y que toda nuestra España se convirtió, por medio de Maria, de re-



gion de tinieblas en hermosa habitacion de resplandores. Fundada una iglesia bajo los benignos auspicios de la Madre de Dios; adornada de aquella columna, símbolo misterioso de la estabilidad de nuestra fe; y lo que es mas, fortalecida y apoyada en las promesas de Reina tan poderosa, ¿podrá dejar nuestra España que la seduzcan los lisonjeros preceptos de una ley que halague los sentidos? ¿borrará jamás la alianza que el Espíritu divino grabó con dedo omnipotente en sus entrañas, escribiéndola con caracteres indelebles mas duraderos que el diamante? ¿será posible que quememos incienso á Dagon, ni que adulteremos con las naciones estrañas? No es creible que una nacion preelegida, una nacion amada y distinguida entre todas las del universo con los amores, las ternuras y real presencia de la Madre de Dios, llegue alguna vez á ser ingrata á su Hijo. Las puertas del infierno se conjurarán contra nuestra constancia, vendrán siglos en que se verifiquen de la Iglesia de España las tristes profecias que dejó escritas S. Juan en su Apocalipsis. Pero aquel gran Dios que nos dió á Santiago por doctor de su ley, que hizo descender sobre nosotros la lluvia soberana de sus luces, y que finalmente nos puso bajo la proteccion de su misericordiosa Madre, ese mismo Dios será siempre nuestro Dios, y nosotros seremos siempre su pueblo. Los españoles tendremos siempre el escudo de Maria, y con su amparo seremos eternamente la nacion dichosa, el pueblo de Dios, la heredad del Todopoderoso y el objeto de sus beneficencias. Tanta dicha merece sin duda alguna una particular gratitud de parte de los españoles; pero esta no debe reducirse á solas palabras ó vanas admiraciones. Las buenas obras son el único testimonio de la sencillez, de la voluntad y de la rectitud del corazon.

*El Evangelio es del cap. 11 de S. Lucas, y el mismo que el dia VII, pág. 133.*

#### MEDITACION.

*Sobre los particulares favores con que Maria, santisima ha protegido siempre á España.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que la firmeza y estabilidad en la fe que ha manifestado siempre esta provincia en el mundo, debe por la mayor parte su origen á la proteccion y piedad de la Reina de los ángeles, que la ha mirado con especial cariño, y que con sus súplicas la ha alcanzado de su Hijo, cuando otros mu-

chos pueblos padecieron naufragio en los tiempos calamitosos.

Dejando aparte aquella solemne promesa que hizo á Santiago de perpetuar nuestra fe, diciéndole cuando se le apareció: *Esta columna permanecerá en este lugar hasta el fin del mundo, y nunca fallarán en esta ciudad verdaderos adoradores de Jesucristo*, ¿á qué otra cosa podemos atribuir la estraña diversidad con que nuestra España se portó con el primer predicador del Evangelio respecto de las demás naciones del mundo? Porque, ¿qué provincia dió sus oídos mas pacíficamente á la intimacion de la verdad? ¿qué gentes prestaron sus corazones mas blandos y sazonados para plantar en ellos la fe de Jesucristo? ¿quién abrazó con mas amor una ley tan repugnante á la carne y sangre? ¿qué nacion miró con tanto respeto una religion de mortificación y de cruz, que en lo natural habia de ser tenida por las gentes en el concepto de una necedad? ¿qué parte del mundo, finalmente, trató á los discípulos del Señor con tanta humanidad y cortesía? Los romanos crucificaron á S. Pedro, degollaron á S. Pablo y frieron en aceite á S. Juan; los jerosolimitanos despenaron á Santiago Alfeo, su obispo; los armenios desollaron inhumanamente á S. Bartolomé; los frigios crucificaron á S. Felipe; los indios alancearon á Sto. Tomás; los persas martirizaron á S. Judas y S. Simon con los mas crueles tormentos; y á este modo todos los apóstoles recibieron malos tratamientos y la muerte de las mismas gentes á quienes predicaron. Solamente los españoles no martirizaron á Santiago, sino que recibiendo el Evangelio que les predicaba, le honraron, y dejaron levantar una iglesia, que es la del Pilar de Zaragoza, hacerse discípulos, administrar el bautismo, plantar la fe del Crucificado, y formarle un pueblo que habia de preciarse siempre de serlo suyo. Si hubo de beber el cáliz de su Maestro, que con tanto valor afirmó que podia apurar hasta las heces; si hubo de dar el sagrado cuello al cuchillo injusto que le hizo mártir; le fué preciso salir de España, y esta gloria no nos faltará eternamente á los españoles sobre todas las naciones que pueblan el ámbito del mundo. Todos estos efectos maravillosos deben atribuirse al patrocinio de Maria, y á la verificacion de sus promesas. Con razon pudiera aquí esclamarse con las palabras de S. Agustin: *O dulcisima virgen Maria, ¡en vista de tantos beneficios yo no sé con qué alabanzas engrandecerte!*

PUNTO SEGUNDO. — Considera que así como por la proteccion de Maria ha sido el santuario del Pilar exento de los contrastes de la fortuna, de la misma manera nunca pudo la astucia del infer-